



**PARTIDO DE LA LIBERTAD  
INDIVIDUAL**

# **El nuevo partido de los liberales**

**Conferencia pronunciada por Juan Pina, Presidente del P-LIB,  
el 15 de mayo de 2013**

**Acto de presentación del P-LIB, Hotel Silken Siete Coronas, Murcia**

Buenas tardes a todos y gracias por acudir a este acto de presentación del Partido de la Libertad Individual. Quiero agradecer muy especialmente la labor de nuestro Coordinador en la Región de Murcia, Francisco José Carvajal, cuya dedicación y cuyos esfuerzos están ayudando tanto a consolidar el proyecto político del P-LIB en esta tierra.

Permitidme que salude especialmente a queridos colegas de partido como Javier Abellán, miembro murciano de nuestro Comité Ejecutivo Federal, o como Domingo García, confundador del P-LIB, o como nuestro primer Coordinador en esta comunidad autónoma, Paco Cuberos, que impulsó el inicio de nuestra organización en la Región de Murcia.

Todos ellos, junto a la pequeña pero creciente y decidida comunidad de afiliados, de simpatizantes y de seguidores en las redes sociales, hacen ya del P-LIB murciano una realidad irreversible que camina a buen ritmo con la coordinación, el liderazgo y el buen hacer de Francisco José Carvajal, a quien deseo, en nombre de todo el Comité Ejecutivo Federal, el mayor de los éxitos en su gestión al frente del partido en Murcia.

Esta tarde nos hemos reunido para dar a conocer en Murcia el nuevo partido de los liberales. Esbozaré en primer lugar el contexto político de agotamiento del modelo vigente; explicaré nuestra reorganización en este nuevo partido de los liberales, y pasaré después a resumir nuestro programa, la alternativa que ofrecemos a la sociedad en estos tiempos de crisis económica e institucional, de desafección política y de profundo desgaste del sistema vigente desde la posguerra europea, y en España desde la Transición.

Es necesaria, en primer lugar, una reflexión que va mucho más allá de Murcia y de España. Una reflexión sobre la organización sociopolítica que las sociedades europeas y el conjunto de Occidente emprendieron hace décadas, y que hoy requiere, a juicio de los liberales, un cambio de paradigma. La palabra “paradigma” significa “ejemplo”, “modelo”. Ese marco general de organización social es el que todo el mundo está replanteándose, desde la izquierda marxista y la democrática hasta la derecha conservadora y tradicionalista, y, por supuesto, también los liberales, en toda Europa. Y si todos estamos reconsiderando el sistema es porque presenta signos inequívocos de una fatiga extrema, o en realidad de su definitivo agotamiento.

En primer lugar, creo que es necesario realizar un diagnóstico correcto y para ello invito a todos a hacerse la siguiente pregunta: “¿y si nos hemos equivocado?”.

¿Y si resulta que el rumbo que los europeos y los occidentales en general, tomamos al término de la Segunda Guerra Mundial, ha sido un error? En el caso español nos incorporamos a ese camino más tarde, a partir de 1975, pero ya llevamos también casi cuatro décadas recorriéndolo. A lo mejor ha llegado el momento de revisar las premisas del sistema, pese a que se nos ha enseñado a no cuestionarlas, a no considerar siquiera ninguna alternativa sistémica, a articular todos nuestros conflictos y todos nuestros consensos, todo nuestro debate, dentro del modelo vigente.

El sociólogo anglo-alemán, Ralf Dahrendorf, denominó a ese modelo social, político y económico, a ese paradigma, “consenso socialdemócrata”, y creo que tenía razón: vivimos inmersos en un modelo sociopolítico que responde a la perfección a ese adjetivo: socialdemócrata.

En toda Europa la socialdemocracia, en un sentido muy amplio del término, se impuso como sistema de conjunto en los años cincuenta, y en España y Portugal lo hizo un poco más tarde, al término de las respectivas dictaduras.

La socialdemocracia fue la auténtica beneficiaria de la Postguerra Mundial en el Oeste de nuestro continente. Lo que se restauró tras la guerra ya no fue la democracia liberal, convencional, que había sido pisoteada por los nazis y por los comunistas. No. Lo que se restauró o, mejor dicho, se instauró, fue algo distinto, que formalmente se parecía a las democracias liberales de antes de la guerra, pero que ya no era lo mismo. Ya no eran simplemente sistemas civilizados, parlamentarios, para legitimar un poder estatal limitado y dedicado a las tareas básicas del Estado, sin entrometerse en el ámbito particular de cada cual ni aspirar a moldear la sociedad.

No, ya no eran democracias, se habían convertido en social-democracias. Se les dio a los demócratas gato por liebre y se entronizó la socialdemocracia. Y la socialdemocracia no es democracia: es un sistema que estira la democracia, que la distorsiona para dotarle de funciones nuevas en ámbitos que no le corresponden.

La democracia es el mejor sistema inventado hasta ahora para la adopción y legitimación de las decisiones colectivas, que son muy pocas. La socialdemocracia pervierte la esencia democrática al insmiscuirse abiertamente en las decisiones individuales y convertirlas en colectivas, quitándonos el derecho a adoptarlas personalmente y trasladándole ese poder al Estado.

Lo que consensuaron y ejecutaron en toda Europa los socialistas, los democristianos, los conservadores e incluso algunos liberales fue un sistema básicamente socialdemócrata, que todos aceptaron y en el que todos participaron manteniendo diferencias meramente estéticas para crear una ilusión de pluralismo y de alternancia entre opuestos que, en realidad, no eran tan opuestos. La socialdemocracia es una sofisticada, robusta y muy costosa dictadura perfecta, camuflada con el nombre que la izquierda y la derecha colectivistas consensuaron para referirse a ese sistema: Estado del Bienestar.

Nosotros lo llamamos Hiperestado, porque es un Estado hipertrofiado hasta el absurdo. Nos dijeron que ese Hiperestado se iba a poder costear eternamente mediante la redistribución forzada de la mayor parte de la riqueza que produce cada ser humano. Casi nadie cuestionó el expolio que esto entrañaba, contrario a la ética más elemental, pero da igual, es que ni siquiera eso era verdad, porque el Hiperestado fagocita tantos recursos que no puede financiarse ni siquiera con una confiscación de recursos tan extrema como la que Europa y España viven desde hace décadas. En realidad, el sistema se costeó y se sigue costeando, fundamentalmente, con deuda, una deuda insostenible.

Esa ruta suicida, la del Hiperestado confiscatorio y el endeudamiento culpable es la que tomó Europa y a la que se sumó después España. Es la ruta que en términos amplios podemos calificar de socialdemócrata porque, no nos engañemos: da igual que gobiernen los partidos de centroderecha moderada o de centroizquierda moderada en cualquier país europeo, en el caso español PP y PSOE. Todos son en lo esencial socialdemócratas. Ramón Luis Valcárcel aplica políticas socialdemócratas. Mariano Rajoy es socialdemócrata en economía, y ha subido treinta veces los impuestos en año y medio de gobierno.

La socialdemocracia es suave, maternal y cariñosa en las formas, pero implacable en el fondo porque la realidad de ese Estado del Bienestar, que los liberales denunciarnos y queremos desenmascarar, es el Bienestar del Estado: Es la proliferación ilimitada de un inmenso aparato público a expensas de la sociedad. Un aparato que gasta cada año, incluso en plena crisis, un veinte o veinticinco por ciento *más* de lo que realmente ingresa (aunque a nosotros nos lo calculen sobre el PIB y nos digan que es un 7%).

La socialdemocracia puso en marcha toda una maquinaria de ingeniería social, mucho más amable y sutil que la empleada por los totalitarios de uno u otro signo pero también mucho más depurada, eficaz e insidiosa. Una maquinaria que explota los

temores más básicos de la gente para hacerse percibir como la única alternativa a la barbarie, a la ley de la jungla.

Con la excusa de atender las necesidades de la gente, el Estado fue creciendo como una bola de nieve hasta aplastar la creatividad, hasta controlar y embridar la iniciativa privada en todos los ámbitos de la economía, de la cultura y de la sociedad, hasta cosificar a las personas, hasta alienar la individualidad, hasta desvirtuar el sentido de la propiedad y convertirla en una mera posesión tolerada por el poder político.

El factor legitimador del Estado, en el paradigma socialdemócrata, ya no es, en realidad, la voluntad de las urnas. Esa legitimidad obtenida en las elecciones es meramente formal, pero la legitimidad profunda, la que de verdad sustenta el sistema, es la que obtiene al dar servicios, prestaciones, ayudas, pensiones, infraestructuras, subvenciones, subsidios, contratos ventajosos, concesiones oligopólicas, seguridad, mordidas... Por eso ahora el Hiperestado, el Estado socialdemócrata, el Estado asistencialista, el Estado-providencia, el Estado del Bienestar está sufriendo altos niveles de cuestionamiento en los países más afectados por la recesión, porque ya no puede “dar” todo aquello que la socialdemocracia transpartita había enseñado durante tantos años, a todo el mundo, a pedir.

La crisis actual ha precipitado en todo el planeta la aparición de las primeras grietas de importancia en este consenso socialdemócrata, en este Estado del Bienestar. A nivel teórico, por supuesto, el modelo estaba ya moribundo, pero la crisis ha trasladado esa sensación a la calle. A los liberales más profundos se nos empieza a percibir por fin, no como aquellos aguafiestas que cuestionábamos el sistema en los años de bonanza ficticia basada en la inflación, sino como las hormigas que denunciábamos a la cigarra, a quienes nadie hizo caso pero que en el fondo ha resultado que teníamos razón: que aquello era un error, que el gasto indiscriminado era pan para entonces pero hambre para después. Y el después, ha llegado.

La Recesión ha revelado a las multitudes el fallo intrínseco de la socialdemocracia: que no es sostenible. Y no es sostenible porque no es libre, porque incurre en lo que Hayek llamaba la *fatal arrogancia* estatal: planificarlo todo desde el poder, como si una casta de burócratas y políticos bienpensantes pudiera sustituir el *orden espontáneo* de la acción humana descoordinada, que emerge mediante millones de planes particulares, de intuiciones acertadas o no, de intereses cruzados que a veces convergen y a veces divergen, de datos tan abundantes y variables que no son computables por un ministerio, y de esfuerzos impulsados por incentivos económicos y psicológicos que sólo pueden producirse en un marco de libertad.

Por lo tanto, los liberales respondemos a la pregunta con la que comencé esta parte de la exposición diciendo que sí, que las sociedades occidentales se equivocaron hace seis o siete décadas, cuatro en la Península Ibérica, al intentar hacer por las buenas lo que los totalitarios no habían logrado hacer por las malas: implantar desde el Estado una utopía.

Quizá la encarnación “de manual” de esa utopía fuera la socialdemocracia sueca, y su mayor exponente el primer ministro Olof Palme en los años ochenta. Pues bien, la famosa Suecia, buque insignia de la socialdemocracia, hace ya más de diez años que renegó de todo aquel sistema y ensaya modelos alternativos basados en la libertad, desde el sistema de pensiones hasta la educación, mientras reduce una carga fiscal que había llegado casi al 90% en los años de máxima locura. Los suecos saben que se equivocaron y han reaccionado. El resto de Europa, un poco menos. Y España, bueno, *Spain is different* y Rajoy también. Y Valcárcel, no digamos.

Nuestras sociedades se equivocaron al convencer a generaciones enteras de que los derechos de cada uno implicaban la obligación automática de que todos los demás trabajáramos para crear riqueza, no para nosotros mismos o nuestros hijos, sino para pagarle esos derechos. Y como cada vez se ponían más derechos nuevos, pues cada vez teníamos que trabajar todos más para costearlos, y como eso no bastaba, pues se contraía deuda, y deuda, y más deuda, hasta el paroxismo del endeudamiento, hasta el colapso actual.

Nos equivocamos al idealizar al Estado, al colectivizar casi todo lo que tenemos y ponerle a él a gestionarlo en nuestro lugar. Nos equivocamos al suponerle capaz de hacer la felicidad y de crear riqueza de la nada, porque nos equivocamos al confundir riqueza con deuda. Nos equivocamos al pensar que el Estado podía e incluso debía tomar el producto de nuestro esfuerzo y repartirlo de forma sistemática y planificada.

Porque eso es lo que hace el Hiperestado socialdemócrata. La semana pasada el instituto de estudios Civismo presentó los cálculos del Día de la Liberación Fiscal para 2013. Y el dato es demoledor. El ciudadano medio, no el rico, no, el ciudadano medio, trabaja desde el 1 de enero hasta el 3 de julio para pagar impuestos, tasas y contribuciones, incluyendo por supuesto las que no ve porque no suelen aparecer en las nóminas: las que paga por él la empresa.

A un mileurista el señor Montoro le quita cada mes 522 euros. ¡A un mileurista!

Y una persona que gane por ejemplo un sueldo de 1602 euros al mes paga 12473 euros al año sólo en impuestos al trabajo. Después aún tendrá que pagar el 21% de IVA de lo que compre con esos 1602 euros que le han quedado en el bolsillo, para no hablar de los impuestos confiscatorios que paga por la gasolina, por la luz, etcétera. Para poner un ejemplo, cualquier ciudadano medio podría comprarse al contado un coche con lo que Hacienda le quita cada año.

Para que una persona gane poco más de 1600 euros, su coste-empresa roza los 33000 euros anuales. El tipo impositivo real que se aplica al trabajo en España es el tercero más alto de Europa, sólo superado por Finlandia y Suecia (y por Grecia debido a las condiciones de su rescate).

El Hiperestado nos expolia. Lo que nos da a cambio de trabajar forzosamente para él más de la mitad de nuestro tiempo son migajas de nuestra propia producción, que nos confisca sin piedad. La maquinaria estatal devora nuestro trabajo.

Y cuando viene la recesión, provocada por el endeudamiento extremo e insostenible del Estado, los gobiernos colectivistas como el de Mariano Rajoy, lo que hacen es recortar la renta disponible de los ciudadanos y las prestaciones que les había prometido el sistema, para no tener que tocar lo que debería recortarse prioritariamente, que es el propio Estado, sus miles de departamentos, negociados y agencias a todos los niveles territoriales, sus empresas públicas, y su plantilla infladísima, por ejemplo con cientos de miles de cargos de libre designación afiliados a los partidos que gobiernan en cada lugar.

En la Edad Media se llamaba “siervo” a quien era semilibre y debía trabajar las tierras de su señor, generalmente durante cuarenta días al año o entregarle el tributo equivalente. Hoy el ciudadano medio trabaja 184 días al año para el Estado, y el mileurista 163 días. Esto es lo que el Estado ha hecho de todos nosotros: siervos, como alertó Hayek hace setenta años en su libro *Camino a la servidumbre*.

Esta es la verdadera faz del Estado del Bienestar, del consenso socialdemócrata, esto es lo que los liberales denunciarnos como un Hiperestado que nos estrangula, que nos oprime, que nos quita más de la mitad de nuestro esfuerzo y que mantiene para ello dos falacias.

La primera falacia del Estado del Bienestar es que a cambio de semejante expolio nos presta los servicios esenciales, pero en realidad los servicios que nos da son malos e inflexibles además de carísimos, y los encontramos con mejor precio y mayor calidad en el mercado. Por eso todo el que puede renuncia a utilizarlos y prefiere pagar doblemente con tal de no tener que usarlos y acudir en cambio a los privados.

Y la segunda falacia del Estado del Bienestar es que, cobrándonos un poquito más, asegura la solidaridad y presta los servicios esenciales a aquellos que no pueden pagarlos. Pero en realidad lo que hace es mantener a costa de todos un gueto sanitario y educativo que por un lado impide a las personas de rentas bajas acudir a los servicios privados, ya que les esquilma fiscalmente y no les deja dinero en el bolsillo para costearlos, y por otro obliga a todas las demás personas a pagar, por algo que no utilizan, un precio más alto incluso que el de los servicios privados que sí utilizan. Todo esto no sólo es un despropósito antieconómico que produce un enorme despilfarro de recursos públicos y privados. Es, sobre todo, profundamente insolidario.

El sistema estatalizado es más insolidario que el liberal. Los liberales queremos implantar sistemas auténticamente solidarios como el cheque escolar o sanitario para que las personas que no pueden pagar reciban un bono canjeable, a precio medio de mercado, y acudan al prestador de servicios de su elección, al colegio o a la aseguradora médica que prefieran, y no tengan que terminar en el gueto estatal, en el servicio público masificado que les toque por zona.

¿Quién ha dicho que, para garantizar la universalidad de los servicios esenciales, tenga que prestarlos el propio Estado? El Estado es mal empresario, mal gestor. ¿Por qué tiene que hacerlo él?

El Estado podría limitarse a costear ese cheque escolar o sanitario y entregarlo a aquellos ciudadanos cuyo nivel de renta les impida pagar de forma directa por estos servicios esenciales. Así por lo menos se desmontaría el inmenso sistema estatal, tan ineficiente, y la competencia entre proveedores traería mayor excelencia. Además el sistema sería más horizontal y “democratizaría” los servicios prestados en vez de separar a la población por estamentos como sucede hoy (“los pobres a la pública, los ricos a la privada”). Pero, claro, regentar todo ese gueto, ese inmenso chiringuito estatal, es lo que le da a la casta política un inmenso poder sobre la sociedad, al hacerla depender del Estado hasta para lo más básico.

Porque, a quien *servimos* los siervos de hoy es a la casta política, entrelazada con la aristocracia corporativa de las grandes empresas privilegiadas por el poder político,



y entre ellas especialmente los bancos. Los partidos troncales a la socialdemocracia generan una ilusión de alternancia y diversidad de marcas, pero en lo esencial comparten y mantienen el sistema, favoreciendo a la otra parte de la élite de poder, que es el entramado de accionistas de referencia y de altos directivos en la gran empresa autóctona y sobre todo de la banca. La élite partidocrática favorece a la élite corporativa creando barreras de entrada frente a los empresarios independientes que puedan crecer demasiado y competir con ella. La favorece también legislando regulaciones arbitrarias que limitan el número de competidores o ponen trabas a los extranjeros o conducen a los consumidores a depender de ella, etcétera.

Esto no es capitalismo. Esto se llama mercantilismo. Es una economía dirigida desde el Estado para beneficio de los oligopolios.

La recesión resquebraja ese mito, como acabamos de ver. El Estado no es justo ni imparcial, sino que responde a los intereses de la casta. No es solidario, sino que crea una ficción de solidaridad, fácilmente superable por la acción solidaria de la propia sociedad civil organizada.

Y ante esto, lo aterrador es que la mayoría de las voces críticas dicen que lo que hay que hacer es reformar el Estado para que, haciéndolo todavía más grande y poderoso, sí sea entonces justo e imparcial, y solidario. Y nosotros decimos que eso es perseverar en el error y agrandarlo. Que lo que hay que hacer es precisamente quitarle al Estado el enorme poder que nos ha arrebatado y que usa contra nosotros.

Y para ello estamos aquí, para eso existe el P-LIB: para desmontar de una manera organizada, sensata, pacífica y paulatina el Hiperestado.

Somos un partido que retoma el liberalismo genuino, le desprende de toda concesión a la socialdemocracia económica y al conservadurismo moral, desecha toda forma de ingeniería social o cultural, y trabaja por menos impuestos, menos obligaciones, menos prohibiciones, menos regulación, menos injerencias, menos burocracia, menos Estado, y más Libertad.

España presenta una anomalía democrática porque es prácticamente el único país europeo donde no hay un tercer partido de corte liberal en las instituciones. Pero los liberales españoles también aspiramos a jugar ese papel, que en bastantes países de nuestro entorno resulta decisivo. En Alemania, Merkel no puede gobernar sin los liberales. Si hoy Mariano Rajoy careciera de mayoría absoluta y necesitara los votos

de un pequeño grupo parlamentario liberal para aprobar los Presupuestos o las leyes importantes, no estaríamos como estamos.

Los liberales españoles nos estamos reorganizando en el P-LIB. Somos una fuerza política muy joven, no sólo porque apenas tenemos cuatro años de existencia, sino sobre todo porque la media de edad está alrededor de los veintisiete años.

Creemos que los partidos políticos, los sindicatos y patronales, y cualquier otra organización ciudadana, deben autofinanciarse. Predicamos con el ejemplo y somos el único partido político que por expreso mandato estatutario no acepta dinero público. Es decir, no aceptamos el dinero que se le quita por la fuerza a los contribuyentes, y sólo nos financiamos con las cuotas y donaciones directa, consciente y voluntariamente entregadas.

No somos ambiguos. No calculamos nuestra posición en base a las encuestas, no intentamos caerle bien a todo el mundo: sabemos que no se puede. No nos resulta difícil posicionarnos ante cada acontecimiento político, ante cada proyecto de ley o propuesta concreta. Nos basta aplicar el Programa que hemos deliberado y aprobado en nuestros congresos, y que aplica las ideas liberales a la realidad política española. No apelamos a las grandes masas sino a las personas concretas que compartan nuestras ideas. A las que no las comparten, no intentamos engañarlas: vamos de frente, decimos lo que pensamos y no escondemos nuestras ideas, sino que las explicamos.

Hayek escribió “denomino liberal a la posición que mantengo, que es simultáneamente la opuesta al socialismo y al conservadurismo”. Estoy completamente de acuerdo: ni somos socialistas ni somos conservadores ni estamos entre ellos dos, sino en un tercer espacio. Los liberales somos en todo el mundo un tercer polo, una tercera identidad política tan elaborada, definida y completa como cualquier otra.

Hace un mes, la 190 Sesión Plenaria de la Internacional Liberal, celebrada esta vez en Beirut, y compuesta por los partidos liberales de todo el planeta, ha homologado al Partido de la Libertad Individual como su referente político en España. El P-LIB, con más de veintiséis mil seguidores en las redes sociales y acercándose a los mil militantes en toda España, con organización y estructuras en casi todo el país, con la experiencia de una primera contienda electoral en 2011, y con un programa original que incide en la renovación del liberalismo en clave de alternativa sistémica, ha suscitado el respaldo entusiasta de los demás partidos liberales del mundo.

Es un orgullo recordar que la Internacional Liberal tuvo como fundador y primer Presidente, en 1947, al ex ministro español exiliado Salvador de Madariaga. Su país no puede ser eternamente un desierto para el liberalismo. Recordemos que fue también aquí, en España, en las Cortes de Cádiz, donde se acuñó la palabra liberal como concepto político, y después ese nombre saltó del español a las demás lenguas europeas.

España merece y necesita un partido liberal, sólo liberal, y liberal sin complejos. Esta vez los liberales estamos aquí para quedarnos, tenemos paciencia y no tenemos prisa, pero tampoco nos permitimos pausas.

Los anteriores intentos de construir un partido liberal español fracasaron por su cortoplacismo y por descafeinar el pensamiento liberal para intentar situarse calculadamente entre los dos partidos principales o arrimarse a uno de ellos.

Pero, sobre todo, los liberales españoles fracasaron estrepitosamente cuando intentaron hacer política desde dentro de partidos no liberales, como la UCD o el PP. Esa estrategia ha sido completamente estéril. Aquellos liberales que honestamente apostaron durante décadas por el Partido Popular deberían hoy mirarse al espejo y darse cuenta de lo que han hecho. ¡30 subidas de impuestos en año y medio! ¡21% de IVA! El PP es un partido socialdemócrata en economía, que ha pisado el acelerador sin cambiar el rumbo de Zapatero. Rajoy hace una política prácticamente socialista en lo económico y ranciamente conservadora en todo lo demás. Si algo no es, es liberal. No lo es él y tampoco lo es su partido, no nos engañemos: ni siquiera los son los cuatro infelices del PP que se llenan la boca con la palabra liberalismo pero que en realidad han sido durante un cuarto de siglo los que han impedido que en España hubiera, como en Europa, un partido liberal.

Los liberales no pintamos nada en los grandes partidos de masas, que necesariamente tendrán que ser populistas y colectivistas. Somos un partido de nicho y aspiramos a algo que sí es viable: tener una presencia minoritaria pero suficiente, influyente y hasta decisiva en las instituciones. Forzaremos así a los grandes a dar pasos atrás, frenando las pulsiones más liberticidas de los conservadores en materia de derechos individuales, y de los socialistas en economía.

No queremos conquistar votos a cualquier precio, sino conquistar voluntades, apoyos, compromisos de acción para difundir las ideas de la libertad, para que calen en una parte suficiente de la población, haciéndole cambiar el *chip* y pasar del paradigma

colectivista al de la libertad y la soberanía personal, del consenso socialdemócrata al consenso liberal.

Y para ello, de forma muy resumida, estas son algunas de las principales políticas concretas que defiende nuestro programa:

- **Pensiones y seguro de desempleo.** Los liberales consideramos que el Pacto de Toledo intenta perpetuar el actual sistema de pensiones, que está quebrado. Queremos sustituirlo por un sistema de capitalización individualizada para cada trabajador. Esto permitirá a cada persona ver cada mes en una cartilla el total que tiene cotizado, y que es suyo, más los intereses que ya ha obtenido y una proyección hasta su edad de jubilación. Podrá elegir el momento de jubilarse dentro de una horquilla de años, y tener la tranquilidad de que si fallece sus herederos recuperarán su fondo. Planteamos sustituir la solidaridad intergeneracional, hoy ya imposible por la inversión de la pirámide demográfica, por la solidaridad intrageneracional. Nuestra alternativa contempla un fondo que cotice por quienes no puedan hacerlo, en lugar de reservarles una miserable pensión no contributiva en el futuro.

Esta lógica de la capitalización individualizada para las pensiones es extrapolable a otras áreas de prevención de contingencias, y por ejemplo los liberales apoyamos el llamado sistema austriaco para la prevención del posible despido. Este sistema establecería una cuenta individualizada de capitalización, que se iría nutriendo con las aportaciones que hoy acapara el Estado. Si el trabajador es despedido, la indemnización saldría de esa cuenta, al igual que la renta de desempleo. Y si el trabajador nunca es despedido, recuperará lo aportado cuando se jubile, en vez de quedarse todo ese dinero el Estado como sucede hoy.

- **Servicios esenciales.** Como ya hemos visto, los liberales queremos que los servicios esenciales tengan calidad, y que sean universales. Para ello, tienen que ser privados. Mienten aquellos que acusan a los liberales de ser unos desalmados que queremos dejar sin educación o sin sanidad a las personas de renta baja. Todo lo contrario. Queremos que todo el mundo pueda tener lo que ya tienen por ejemplo los funcionarios: servicios privados. Queremos liberar a millones de personas de la condición de clientes cautivos del sistema estatal. Un buen seguro médico no vale más de ochenta euros al mes. Un plan de pensiones, otro tanto. Un colegio privado de nivel medio ronda los doscientos euros. Casi todo el mundo podría permitirse escoger en libertad los servicios de su preferencia si el Estado no cobrara a los ciudadanos la barbaridad que les cobra. De todas formas, siempre habrá una pequeña parte de la población que no pueda costearse los servicios esenciales, y a los liberales nos preocupan esas personas tanto como a cualquiera. Aplicando el principio de subsidiariedad, la acción del Estado sería

estrictamente financiera y destinada a proporcionar a esa minoría bonos canjeables a precio medio de mercado para que todo el mundo pueda elegir.

- **Libertad educativa.** En materia escolar, las escuelas deben ser privadas, y el currículo común debe ser mínimo y concentrarse en las materias científicas sin intervenir en la promoción de unos u otros valores concretos. Cada escuela debe ser libre de determinar su ideario, y los padres de elegir la que prefieran. Lo que no puede ser es que el gobierno de turno intente adoctrinar mediante la educación, en una dirección cuando gobiernan unos y en la contraria cuando gobiernan los otros. Además, los liberales somos los únicos que defendemos a la minoría de familias *homeschoolers* y promovemos el reconocimiento de su derecho a la enseñanza en el hogar.
- **Forma de Estado.** Los liberales no creemos en la jefatura del Estado porque los auténticos jefes del Estado debemos ser todos los ciudadanos. Si hace falta una figura que culmine el edificio institucional, basta con colocar de forma rotatoria a un diputado cada mes, o algo así. En todo caso, la monarquía nos parece anacrónica y además ofende especialmente a los liberales porque simboliza la antigua sumisión a un poder político superior e incuestionable. Promovemos una república similar a las de los países de nuestro entorno político, no restaurar la II República.
- **Justicia.** Respecto a la administración de Justicia, los liberales queremos una justicia completamente independiente. Queremos abolir los órganos cuya politización es inevitable, como el Consejo General del Poder Judicial y el Tribunal Constitucional, y pensamos que el control de la constitucionalidad debe despolitizarse y para ello tiene que ser ejercido por la justicia ordinaria, como sucede en algunos países.
- **Corporativismo.** Los liberales queremos eliminar el corporativismo de los colegios profesionales, cámaras de comercio y organizaciones de autores. Deben ser asociaciones privadas autofinanciadas, sin rango oficial ni capacidad normativa, siendo voluntario el ingreso y pudiendo surgir espontáneamente entidades alternativas.
- **Medios de comunicación.** Los liberales queremos acabar con todas las subvenciones a medios de comunicación y con la contratación de publicidad institucional, que los políticos emplean como palanca para controlar los medios privados. Y los medios públicos, por supuesto, deben desaparecer.
- **Sistema electoral.** Los liberales queremos reformar de arriba a abajo el sistema electoral actual, que sirve a los intereses partidocráticos y convierte nuestra supuesta democracia en una pantomima, en un coto cerrado del PPSOE y de sus

nuevas marcas blancas (blancas o magentas). Es necesario restaurar la proporcionalidad matemática que el actual sistema distorsiona, computar y representar el voto en blanco, acabar con los umbrales y con las trabas a la participación y eliminar las listas cerradas. Y sobre todo, es necesario que los partidos políticos se autofinancien, y acabar con los escandalosos privilegios que hoy comporta la función representativa.

- **Corrupción.** Los liberales queremos erradicar la corrupción y sabemos que sólo existe una manera de hacerlo, y desde luego no es sustituir a unos dirigentes por otros esperando que los nuevos sean más honrados. No. Lo que hay que hacer es quitarles poder, y sobre todo poder discrecional, a esos dirigentes. Cada licencia previa, cada permiso, cada autorización administrativa, cada trámite, cada posible sanción, cada decisión discrecional, es una oportunidad de que alguien corrompa a alguien. Eliminemos todas las oportunidades.
- **Internet.** Los liberales estamos francamente preocupados ante los intentos constantes de los Estados por controlar Internet. Nos oponemos frontalmente a la ley Sinde-Wert y a la ley Lassalle y denunciaremos el espionaje estatal de las comunicaciones digitales privadas. Nos horrorizan los planes para la inspección de paquetes de datos en tránsito y otras trabas a la libre comunicación. Creemos que Internet está bien como está, y que la Red es el terreno de batalla fundamental en el que hoy los ciudadanos estamos jugando la Libertad.
- **Obsesión de control estatal.** Los liberales sabemos que esos intentos de controlar Internet forman parte de toda una obsesión mucho más amplia por controlar nuestras vidas. Creo que George Orwell sólo se equivocó de año, al situar su famosa novela en 1984. Es ahora cuando vemos cámaras de vigilancia por todas partes, escáneres corporales que almacenan y envían nuestros datos biométricos, cuestionarios cada vez más extensos para cualquier trámite, auténticos interrogatorios a los ciudadanos al elaborar el censo de población, obligaciones administrativas cada vez mayores, licencias previas de todo tipo, casi hasta para respirar, un auge incontrolado de las multas y sanciones más variadas y, en general, un control estatal que rechazamos porque merma gravemente nuestra soberanía personal. Los liberales no aceptamos que los gobernantes diseñen planes de ingeniería social. Creemos en millones de planes particulares que se desarrollan simultáneamente, interactuando entre ellos, convergiendo o divergiendo y conformando espontáneamente la evolución de la sociedad.
- **Individualismo y cuestiones éticas.** Los liberales creemos en el individuo y en su capacidad. Somos el único partido individualista, en el mejor sentido de la palabra. Estamos aquí para defender a la persona y para liberarla de las masas sin rostro que le hacen *mobbing*, que la intentan someter mediante el Hiperestado.

La filósofa norteamericana de origen ruso Ayn Rand, cuya corriente de pensamiento, el objetivismo, constituye una de las principales influencias que conforman nuestro partido, escribió que “la función política de los derechos es defender a la minoría de la mayoría, y la menor minoría es el individuo”. Los derechos del individuo son inalienables y no dependen de la voluntad mayoritaria. Defendemos la libre autodeterminación de cada ser humano, lo cual implica para nosotros un profundo respeto a sus decisiones personales tanto en economía como en todas las cuestiones éticas.

Y entre éstas, destacaré por ejemplo nuestro pleno respecto a la orientación sexual de cada individuo, con todas sus consecuencias jurídicas. Otra cuestión ética que nos preocupa es la de las drogas. Nos oponemos a la política prohibicionista, que ha enriquecido a las narcomafias e incentiva la inducción al consumo. Queremos trabajar internacionalmente para eliminar la prohibición, y queremos legalizar el *cannabis* unilateralmente, como en otros países.

De igual manera, los liberales pensamos que la situación alegal de la prostitución sólo favorece a las mafias de la trata que explotan brutalmente a infinidad de seres humanos. Condenamos los prejuicios ideológicos que llevan tanto a los colectivistas de izquierdas como a los colectivistas de derechas a mantener ese limbo jurídico y queremos que la prostitución sea una actividad económica más, completamente legal, acabando así con el horrible desamparo de quienes la ejercen.

- **Autónomos y emprendedores.** Somos un partido para todos aquellos que comparten las ideas de la Libertad, pero nos sentimos particularmente próximos a los trabajadores autónomos, a los *freelancers*, a los microemprendedores, a los cooperativistas, a los empresarios pequeños y medianos, a las personas que son el motor de la economía pese al saqueo del Estado. El pequeño empresario que crea riqueza y empleo es un héroe social, y sin embargo tiene que aguantar, además del expolio fiscal, la difamación y el insulto de los colectivistas. Es urgente eliminar o reducir drásticamente la cuota de autónomos y las numerosas trabas al emprendimiento. Y queremos prohibir por ley que la hacienda pública se financie con el IVA de facturas pendientes de cobro.
- **Reducción del Estado.** Queremos reducir el Estado a los pocos cometidos que, en esta fase de la evolución antropológica, todavía tiene que ejercer. El Estado, a los tres niveles territoriales, debe deshacerse de todas las empresas públicas, debe privatizar sus servicios en condiciones de libre mercado y establecer para ello los sistemas de bono canjeable antes expuestos, y debe prescindir de una parte sustancial de la plantilla desproporcionada que mantiene, y que los ciudadanos ya no podemos seguir costearlo. Debería empezar por los cargos de libre designación enchufados por los partidos.

- **Rehabilitar el capitalismo.** Los impuestos y el endeudamiento estatal deben someterse a severos topes inscritos en la Constitución, y, por cierto, la *carta magna* debe reconocer la propiedad privada como un derecho fundamental e inalienable de cada ser humano. La tributación que siga existiendo para sostener un Estado realmente mínimo, debe ser proporcional y las subvenciones a empresas y sectores empresariales deben desaparecer. Es necesario recuperar el valor ético del lucro legítimo, y el del mercado como mecanismo de relación económica entre las personas. En un mercado realmente libre, todos pueden prosperar y para conseguirlo deben satisfacer las necesidades de otros. ¿Cómo se nos puede decir que eso es insolidario, y que es mejor que las decisiones de asignación de recursos las tomen los comités de burócratas del Estado? Hay que rehabilitar socialmente el capitalismo real, denunciar el falso capitalismo que padecemos, que en realidad es un mercantilismo de cárteles regulatorios. Y debemos recuperar sobre todo el capitalismo de base, el de las unidades productivas independientes que cooperan en libertad sin que nadie las “organice” desde arriba.
- **Dinero auténtico.** Y para todo ello, los liberales consideramos esencial devolverle a la sociedad la institución económica por excelencia, el dinero, porque hasta eso nos ha quitado el Estado. Es necesario restaurar el valor objetivo del dinero y para ello promovemos una completa reforma monetaria. Consideramos necesario abolir el monopolio de emisión, las leyes de curso forzoso y la creación artificial de dinero por parte de los bancos centrales y también por parte de los bancos comerciales mediante el injusto privilegio de la banca fraccionaria. Para ello, promovemos la reintroducción del patrón oro, abolido en 1971 por Nixon, para aquellas monedas con control centralizado de un emisor. Pero sobre todo, vemos con muy buenos ojos la aparición de criptomonedas basadas en mecanismos P2P, como Bitcoin, que hacen posible hoy algo realmente revolucionario: que la moneda no esté controlada por ninguna autoridad centralizada y que nadie pueda alterar su valor. En cualquier caso, lo esencial es que los políticos no puedan crear de la nada dinero nuevo, a expensas del valor real de cada unidad. La inflación producida por la expansión deliberada de la masa monetaria es un crimen que nos perjudica gravemente a todos y sobre todo a los más pobres. Los Estados cometen ese crimen desde tiempo inmemorial. Por eso los liberales apostamos por eliminar el entramado de bancos centrales y por permitir la libre emisión monetaria con respaldo pleno.

En definitiva, los liberales somos el partido de todos aquellos que comprenden —o que intuyen— que sobra Estado y que falta Libertad, que la Libertad retrocede cada día y que vamos camino de perderla.



Como dijo Acton, “la Libertad es el fin político más alto”. Sin ella, ningún otro es legítimo ni siquiera viable, porque, como dijo Franklin, “aquellos que están dispuestos a sacrificar la libertad a cambio de seguridad no merecen ni la una ni la otra y están condenados a perder las dos”. Y donde dice “seguridad” se puede colocar cualquier otro valor, cualquiera, porque, si se intenta obtener a expensas de la libertad, a la larga se perderán ambas cosas.

Un Estado tan poderoso para darte todo lo que le pidas, también será, siempre, tan poderoso que podrá quitarte todo lo que él quiera, tanto lo material como lo inmaterial. Y será tan poderoso que podrá someterte, y lo hará con sutileza, y creerás que tú, elector, le controlas a él, cuando en realidad él te controla a ti. Y creerás que él trabaja para darte lo que necesitas, cuando tú trabajas 184 días al año, quizá más, para mantenerle a él.

Cada vez que le pedimos al Estado que intervenga para resolver problemas, le estamos dando más poder. Y sin embargo, no parece precisamente que los problemas vayan a menos.

En la encrucijada ideológica actual, ni podemos seguir como estamos ni podemos tomar caminos que ya se han recorrido. En este mundo hemos tenido *más Estado* de muchas formas: con estética de izquierdas, de derechas, de extrema izquierda, de extrema derecha, de tipo ultranacionalista, de tipo religioso, de tipo personalista... *Más Estado* lo hemos tenido de muchas maneras. A lo mejor ha llegado el momento caminar por fin hacia el lado contrario, hacia *menos Estado*, hacia el menor Estado posible. A lo mejor ya es hora de dejar de idolatrar al Estado y de creer un poquito más en el ser humano y en su autonomía, en su capacidad, en su uso de la mente y de la razón.

Los liberales somos ante todo, por encima incluso de nuestra función de partido político, un movimiento civil de autodefensa frente a todos aquellos que promueven más Estado para quitarnos la poca Libertad que todavía nos queda.

Los liberales, reorganizados hoy en el P-LIB, somos un movimiento pacíficamente antisistema que aspira a provocar la superación del consenso socialdemócrata. Somos lo más parecido a un *antipartido antipolítico*, porque somos los únicos que no soñamos con el enorme poder de gestionar el Estado a nuestra conveniencia, sino con reducirlo para ser libres. Somos los únicos que estamos en política para desmontar paulatinamente el Hiperestado y para establecer mecanismos de contención, de no proliferación del Estado.

Existimos para afirmar, defender y ampliar la Libertad, y necesitamos la colaboración activa de todas las personas que compartan esos objetivos. Os invito a todos a sumaros al P-LIB para coordinar nuestros esfuerzos y trabajar juntos por la causa más alta, la causa de la Libertad. Estamos convencidos de que *Libertad es prosperidad*.

Muchas gracias